

# ¡CINCO AÑOS!

Por BÁRBARA VESTPHAL

JORGE PUTTEN trabajaba para una gran compañía petrolera de Aruba, en las Antillas Holandesas.

Quería ser bautizado, pero cada vez que pedía el sábado libre a su jefe, éste se lo negaba.

Pasaron cinco años, y cada sábado se sentía desdichado porque deseaba asistir a la escuela sabática y a la iglesia. Pero no quería perder su trabajo, porque tenía la responsabilidad de velar por su esposa y sus hijos.

Un día fue a ver al misionero y le preguntó qué debía hacer. El pastor Hamm le dijo que volviera a pedir el sábado libre y si se lo rehusaban, que el sábado no se presentara al trabajo, pero que volviera el lunes.

—No abandone su trabajo —le dijo el misionero—. Siga volviendo. La compañía no puede despedirlo antes de tres semanas.

De acuerdo con las leyes de Aruba, un empleado no puede ser despedido de su trabajo sin que se le den tres avisos y los avisos deben darse con una semana de intervalo cada uno.

Como el capataz rehusó darle el sábado libre, el Sr. Putten no se presentó a trabajar el sábado. Cuando volvió el lunes de mañana, su tarjeta no estaba entre las demás. El preguntar por ella al jefe, éste le respondió:

—Ud. ha abandonado su trabajo.

— ¡Oh, no! Yo no abandoné mi trabajo. No voy a dejar un buen trabajo que tengo desde hace doce años.

—Bueno, Ud. no tendrá trabajo hasta el miércoles.

Eso significó que el Sr. Putten trabajó esa semana solamente el miércoles, el jueves y el viernes. De modo que no le pagaron el lunes y el martes, los días que no trabajó. El sábado volvió a asistir a la escuela sabática. El lunes de mañana, de nuevo no encontró su tarjeta. Esta vez el jefe le dijo:

—No tendrá trabajo hasta el jueves. De manera que esa semana sólo trabajó el jueves y el viernes. Pero el sábado asistió de nuevo a la escuela sabática, por tercera vez.

El lunes fue a ver al administrador y le presentó su problema.

—Me gustaría poder ayudarlo —le dijo el administrador—, pero no tenemos trabajo para un hombre que no puede venir el sábado.

—Uds. tienen un trabajo en el cual yo podría tener el sábado libre —le respondió el Sr. Putten.

—¿Cuál?

—La conserjería.

—¡Oh pero Ud. no va a estar dispuesto a barrer y fregar por sólo nueve guilders al día, después de haber estado ganando catorce guilders, en un trabajo mucho mejor. (El guilder es una moneda



holandesa.)

El Sr. Putten sabía que con nueve guilders al día apenas le alcanzaría para la comida, pero le contestó:

—Estoy dispuesto a trabajar por nueve guilders al día si así puedo guardar el sábado de Dios.

—¡Entonces Ud. debe estar loco, y no tenemos trabajo para locos! ¿Tiene familia?

— ¡Claro que sí!

Al oírlo el administrador se enojó de veras y le ordenó al Sr. Putten que se retirara inmediatamente de su oficina.

—Ud. está loco de remate —le gritó. Pero mientras el Sr. Putten se alejaba lentamente por el vestíbulo, el administrador volvió a llamarlo.

—No le tengo lástima a su esposa, porque ella también debe estar loca o de lo contrario no se hubiera casado con Ud. Pero lo siento por sus chicos. Ud. puede trabajar en la conserjería por nueve guilders al día y tener el sábado libre, si lo quiere.

¿Puedes imaginarte lo que ocurrió después de eso? El Sr. Putten trabajó un solo día en la conserjería, porque entonces el administrador le pidió al jefe del Sr. Putten que le permitiera volver a su antiguo trabajo con el sábado libre. Entonces el jefe lo llamó de vuelta a su trabajo, y el administrador le dijo:

—Le pagaré catorce guilders por el día que trabajó en la conserjería, y su paga completa también por esos lunes, martes y miércoles que le dijimos que no había ningún trabajo para Ud.

De manera que, ya ves, cuando por fin el Sr. Putten se animó, después de cinco años, a mantenerse firme en la observancia del sábado, Dios lo ayudó.